

## INSTINTO Y RAZON EN LA ARQUITECTURA DEL SABER COTIDIANO

Dr. Carlos Riquelme Senra

**DESCRIPTORES:** Bioantropología, Instinto, Saber cotidiano, Evidencia.

### RESUMEN

Los comportamientos humanos pueden ser configurados por fuerzas y tendencias instintivas o por la arquitectura lógica de la razón. Toda faceta humana puede ser analizada desde estas dos perspectivas cuya diferencia fundamental estriba en la forma de percepción del mundo. Resulta obvio que la configuración de toda cosmovisión personal precede en milenios (individual o colectivamente) a las construcciones de la ciencia. La verdad científica concernirá más a la dinámica de las fuerzas epistemológicas de la mente humana que a la realidad. Cotidianamente tanto como en el campo científico, el hombre propende, aun sin proponérselo, a organizar su conocimiento en función de convicciones y certezas irracionales. Los sistemas de pensamiento filosófico, político, religioso, etc. traducen inequívocamente el sello personal de la idiosincrasia de su creador, pues asumir posturas ante la vida es condición inexorable del psiquismo humano. Es así, muy probable, que el saber de una conciencia, tanto en la construcción de la imagen individual como en la de las ciencias, se construya sobre los pilares de la imagen del mundo que se promodela en los Estratos Instintivos del saber y en las evidencias y/o certezas que éstas convalidan pues constituyen recursos ineluctables del pensamiento individual, por lo que se puede afirmar que no es posible "depurar" el conocimiento humano de los imperativos del instinto con la facilidad con que lo han propuesto muchos autores. Este trabajo plantea la sugerencia de una apertura en la investigación del comportamiento humano, sin creer que podemos asumir puntos de vista asépticos ideológicamente.

## INSTINCT AND REASON WITHIN THE ARCHITECTURE OF DAILY KNOWLEDGE

Dr. Carlos Riquelme Senra.

**Key Words:** Bioanthropology, Instinct, Daily Knowledge, Evidence.

### ABSTRACT

Human behavior may be configured by instinctive forces and tendencies or by the logical architecture of reason. Every human facet may be analyzed from these two perspectives, the fundamental difference of which lies in the way we perceive the world around us. It is obvious that the configuration of every personal cosmovision precedes the constructions of science by millennia (either individually or collectively). Scientific truth will concern the dynamics of epistemological forces in the human mind rather than in reality. In much the same way as in the scientific field, day by day, even without specifically intending to, man tends to organize his knowledge as a function of convictions and certainties. Philosophical, political and religious systems unequivocally translate the personal seal of its creator's idiosyncrasy, because assuming stances in life is an inexorable condition of human psychism. It is thus quite probable that knowledge, both in the construction of the individual image and in that of science, is built on the pillars of knowledge of the world pre-modeled in Instinctive Strata of knowledge and in the evidence or certainties they validate, because they are inescapable resources of individual thought. That is why it can be asserted that it is not possible to "purge" human thought of instinctive imperatives as easily as many authors have proposed. This paper suggests opening a window on research into human behavior, without believing that we could adopt ideologically aseptic points of view.

### Evidencia y Sentido común

A primera vista parece fácil descubrir, entresacar o diferenciar de entre los hechos humanos aquellos que se configuren por virtud de las fuerzas y tendencias instintivas y los que se edifican según la arquitectura lógica de la razón. La mayoría de las facetas de la obra humana es susceptible de tales análisis: desde el comportamiento cotidiano del hombre común hasta las sofisticadas creaciones del pensamiento. El panorama histórico apunta a una divergencia entre dos formas de comportamiento, regidos por principios y estructuras de naturaleza igualmente disímil: el instintivo y el racional. El primero, dibujado como ciego y compulsivo y el segundo, como lógico y previsor.

Los sistemas científicos como el copernicano o el galileico-newtoniano obtuvieron su éxito y su fracaso en la "evidencia" de sus principios inteligibles. La racionalidad consistía en la conciencia de una lógica matemática que permitía la cuantificación de los fenómenos; es decir, la concordancia numérica entre las proposiciones generales y los eventos de la experiencia cotidiana. Factor éste que subyacía como rasgo inherente al proceso pensante e independiente de la voluntad. Así, cuando un científico arriba a nuevos enfoques en la concepción de la realidad, no lo hace con una razón distinta a la de sus congéneres, sino estableciendo nuevas relaciones o pautas en su forma de percibir el mundo «Galileo se empeña en medir los fenómenos y, al elegir convenientemente las magnitudes descubre cierto orden matemático que la nueva razón acepta integrar (. . .) Newton instituye una ciencia deductiva de

la naturaleza que, partiendo de principios simples y conformes con la experiencia, conduce, por medio de cálculos más elaborados, a leyes verificables y abarca no sólo los fenómenos terrestres sino el conjunto de los movimientos siderales >> (Granger, 1958, pág. 36). Este autor ve en la exigencia de la cuantificación matemática una especie de evolución de la racionalidad respecto a los griegos, por ejemplo, que se conformaban con explicaciones conceptuales. Pero esto queda restringido a la filosofía, pues en otros campos del saber la cuantificación de los fenómenos ya se había hecho ley de ciencia y las investigaciones de los discípulos de Teofrasto y de Estratón ya estaban cuantificando fenómenos físicos como la presión del aire y otros, así como también estudios experimentales en otras ciencias como la biología (Ferrington, 1953, pág. 175). Esa evolución pues, no es de naturaleza biológica sino cultural.

Como espectadora de sí misma la conciencia parece limitarse a "presenciar" el fenómeno de la evidencia que se genera en su interior, sin ser capaz de explicarse el porqué esencial ni de su surgimiento ni de su lógica. Pero sobre la "evidencia" que fulgura en la mente del congénere, nada puede asegurar más allá de la suposición —consciente o inconsciente— de que el otro piensa y siente como ella misma. Esta convicción confronta muchos puntos débiles que afectan directamente la validez del conocimiento humano, mucho más en las ciencias humanas que en las naturales, en cuyo caso el aval es refrendado por la experimentabilidad de su objeto de estudio. La problemática reside en que el humano debe tener y tomar una postura ante la vida y ésta posee muchas variables imponderables que impide el acuerdo —o la evidencia— unívoco en grupos humanos que excedan a un mínimo tan insignificante de 2 personas. La toma de conciencia de las divergencias de pensamiento entre el Yo y el Otro origina una duda acuciante que culmina diferencias ideológicas. En esta incertidumbre no se tiene garantía de que tal evidencia deba entenderse en sentido universal, más aún parece que no hay más forma de conocer sus leyes operantes que mediante el recurso de la introspección. No hay pues, estructura formal de esta lógica de la evidencia y sus orígenes se hunden en el horizonte de los recursos arracionales del pensamiento.

La cuantificación matemática de Newton con su respectiva estructura lógica se funda y deriva de la capacidad espontánea de formulación hipotética apriorística de la configuración del cerebro humano, cuyo basamento más profundo reside en el mismo principio organizador como recurso epistemológico de la orientación vital que posee el cerebro. Mas, en todo caso ambas modalidades estaban avaladas y referidas a hechos particulares verificables y por la experiencia y procesados por principios lógicos incontestables. Así, la razón y la evidencia quedan conjugadas en una sinonimia que es refrendada a su vez por la lógica del sentido común. <<Los principios se tornan oscuros cuando se pierde esta estrecha analogía con la experiencia cotidiana, como ocurre hoy en lo tocante a los principios de la mecánica cuántica y de la relatividad>> (Frank, 1957 pág. 33). No habría justificación alguna para creer que la construcción de la imagen que el científico se forje del mundo (cosmovisión), se realice siguiendo una lógica o principios organizativos diferentes, más aún cuando es obvio que la configuración de toda cosmovisión personal precede en muchos milenios —en los individuos y/o en las culturas— a las construidas por la ciencia.

Las ciencias físicas y la geometría no se habían desligado de este universo cotidiano y entrañaban una fundamentación afín a él: la geometría euclidiana en la constitución tridimensional del espacio, como estructura del aparato cognoscitivo, propia de la más elemental y primaria percepción humana; y la física de Newton, erigida sobre tres conceptos derivados de la abstracción y clasificación de la realidad natural y, en cuanto a la categorización como absolutos, de la concepción teológica del mundo: "espacio", "tiempo" y "mase", enraizados a su vez en la misma "inocencia perceptiva" de la experiencia cotidiana; o probablemente, en la necesidad de apoyarse en entidades o conceptos absolutos genéticamente inscritos en los procesos formales del pensamiento.

#### **de las leyes de la razón a las leyes de lo real**

Así pues, en tanto en cuanto la realidad no es fácilmente aceptable por aquéllos o por cualesquiera otros conceptos, sino que

más bien ha resultado ser un campo que se abre transfinitamente en función del perfeccionamiento constante y progresivo de la investigación, la verdad científica de los postulados, observaciones y experiencias de estas ciencias, deberá concernir más a la lógica intrínseca de las leyes cognoscitivas del pensamiento —inducción, generalización, deducción, etc., como fuerzas epistemológicas de la mente humana— que a la misma realidad. El hombre ha requerido de un sistema perceptivo artificial (tecnología) con el respectivo código de interpretación, para conocer nuevas manifestaciones de la realidad para cuya percepción estamos biológicamente impedidos. Pero aunque este nuevo aspecto de la realidad no sea parte del ecosistema natural del homo sapiens, su valoración se ordena en función de las necesidades vitales y de la lógica del sentido común. Es difícil, sino imposible, desvincular esta necesidad de traducir el conocimiento especializado de las ciencias a los patrones comunes de las cosmovisiones humanas, tal como ha ocurrido con las interpretaciones de la física cuántica y de la relatividad por parte de filósofos, divulgadores e incluso, por los propios científicos (Ph. Frank, 1957, pág. 201). Además de ello, hemos de ver en los "motores" del desarrollo científico y tecnológico elementos no racionales, bien de los individuos o de las sociedades, como pueden ser pulsiones instintivas como ambición, prestigio, expansionismo, poder, competitividad, etc. Coincidimos pues, con Wukmir en que todo conocimiento está mediatizado por nuestras valoraciones subjetivas <<...la lógica formal de la que nos servimos en nuestro lenguaje simbolizado y abstracto, tiene sus raíces inseparables en la biológica subracional y subjetiva, (...) las manifestaciones de la razón estriban inevitablemente en premisas del sentir. Las leyes de la lógica razonable pierden la validez de un código en la medida que ostentan la ambición de separar el pensar del sentir>> (Wukmir, pág. 30).

Por otro lado, las generalizaciones fundamentadoras de los sistemas de pensamiento —como ocurre a menudo en la filosofía— suelen descansar en premisas indefinibles o indemostrables en sí mismas, que el "espíritu" admite por la vía de la intuición y de la convicción; del mismo modo que la evidencia de tales premisas o intuiciones no resulta ser, en última instancia, materia de dominio

de la razón. Bien dice Gehlen que «**La experiencia, fundamentalmente irracional, acientífica, "amplia" y no directamente controlable, tiene su verdad, que es su certeza. Y tiene su forma de actuar: lo no experimental de la tradición, el instinto, la costumbre o las convicciones**» (Gehlen, pág. 358). En su vida cotidiana, tanto como en el campo de las ciencias, el hombre propende —aún sin proponérselo— a organizar su conocimiento en función de convicciones y certezas arracionales. Recordemos el testimonio que sobre su propio pensamiento hizo Darwin ya al final de su vida «**Parece ser que mi mente se ha convertido en una máquina que aporta leyes generales de las grandes colecciones de hechos...**» (Darwin, *Recuerdos del desarrollo de mis ideas y carácter*, pág. 126). Esta imagen del cerebro como una máquina que procesa información y arroja resultados de manera independiente de la voluntad del mismo sujeto, es una experiencia de toda autoconciencia reflexiva. El saber humano siempre será mayor que la comprensión de lo que ese saber involucra. El humano experimenta ante su propio "aparato" cognoscitivo lo mismo que le ocurre ante la convalidación de las ciencias, en cuanto el conocimiento de ella como tal (metaciencia) no es susceptible de los mismos métodos y leyes que se aplican al conocimiento de los objetos naturales. Así, el interrogarse acerca de su propia esencia «**...debemos darnos cuenta de que esta cuestión no tiene respuesta científica: la ciencia no se conoce científicamente y no tiene ningún medio para conocerse científicamente**» (Morin, 1977, pág. 26).

La racionalidad fue una idea que evolucionó del "Logos" de los griegos, que era a su vez la capacidad de relación de la mente y la ley universal del orden del Cosmos y (en tanto que tal), representaba espontáneamente la medida de las relaciones humanas, es decir, era la razón ética, con las mismas propiedades de buscar el vínculo apropiado entre los actos humanos y sociales de la vida cotidiana. Era pues, la razón que subsistía en la naturaleza como ley de su génesis y conservación; y en la mente humana como parte de la naturaleza para percibir el orden cósmico. Podría decirse que implícitamente, para los griegos la mente y la naturaleza funcionaban según principios comunes. En tanto que la naturaleza es "calculable", la mente con su función de "pensar" remite a la idea

de calcular, de buscar relaciones, proporciones y medidas entre las cosas. Pero este logos que era el de la physis y de la psiquis, devino por las vicisitudes del desarrollo de la cultura en un estrecho concepto definido por la lógica de la no contradicción del racionalismo filosófico. Este último centrado y representado finalmente en el modelo epistemológico de la física clásica, a la cual aspiraban identificarse las metodologías de las ciencias humanas e incluso de la biología. En este sentido, recordemos las críticas que se le hicieron a Darwin por la presunta falta de rigor científico en la formulación de sus teorías. La biología no estaba hecha —ni podía estarlo— a la medida de la Física. También en las ciencias humanas hubo muchos intentos (desde Descartes y Spinoza) de edificarlas siguiendo los principios filosóficos del racionalismo mecanicista, que dominaba el ambiente cultural europeo en aquel entonces, con consecuencias epistemológicas etéreas. Mas, en todo caso, las ciencias se venían erigiendo sobre la lógica del sentido común, y, aunque existiera una separación notable entre el sistema de creencias populares que dominaba la mentalidad del hombre común y el intelectual practicante de un saber aparentemente depurado de la superstición y los prejuicios, las ciencias de estos últimos no se habían desvinculado de esa lógica constatable por la evidencia y admitida por virtud de procesos arracionales, como lo puede ser, por ejemplo, el de la validación del vínculo de causa y efecto, así como tantas otras operaciones racionales.

### **el carácter adaptativo de las ideologías**

De igual forma, estos sistemas tampoco estaban libres de los condicionantes del instinto que actúan imponiendo objetivos y tendencias vitales. Los sistemas de pensamiento filosófico, político, religioso, etc., traducen inequívocamente el sello personal de la idiosincracia de su creador. Muy a propósito con este criterio expone Scharfstein «**No creo que haya o pueda haber un modo de describir o analizar el mundo filosóficamente que pueda ser satisfactorio en general, independientemente de lo sensible, intangible, educado o lógico que el que lo describe o analiza pueda ser. Por el contrario, entiendo que cuanto más cohesión y más**



**detalliamo tenga la descripción o análisis, más evidente será la diferencia entre las reacciones de los Individuos>>** (Scherfstein B., 1980, pág. 32). El asumir posturas ante el mundo y ante la vida no es un comportamiento mental propio y exclusivo del filósofo, sino la condición inexorable del psiquismo humano. Este designio inherente a la naturaleza del homo sapiens ha sido y será lo que entendemos en este trabajo cuando indistintamente se habla de visión o concepción del mundo, cosmovisión o ideología, sin que ellos impliquen ninguna de las connotaciones políticas o filosóficas de algún autor en particular o menos que se indique específicamente.

Volviendo al caso de las ciencias, subyacía, pues, como una aceptación implícita, la identificación de la razón con la metodología y con la lógica de la Física, tanto en la ciencia como en la filosofía se abrieron caminos hacia un horizonte restringido por los parámetros conceptuales de sus propias hipótesis. El desarrollo de la Física arribó al agotamiento teórico hacia finales del siglo XIX, la racionalidad de la razón produjo su propia crisis. Las teorías de la Relatividad y de la física cuántica constituyeron una especie de amanecer perplejo del envejecido sueño del racionalismo.

Heráclito hablaba de una razón universal de mayor amplitud y complejidad que la perceptible en la inmediatez del pensamiento humano. No obstante, el modelo de pensamiento que predominó en el desarrollo ulterior de las ciencias fue el de Parménides, y lo fue por la evidencia de sus resultados prácticos entre los cuales su lógica resultaba más compatible y más constatable en la realidad en tanto en cuanto ofrecía una comprensión más simple, inmediata y eficaz del macrocosmos caracterizado por la lógica de la no contradicción. Dos milenios más tarde, como destaca Barnett, la ciencia ha arribado a otra conclusión en la cual <<El universo ya no es un edificio rígido e inmutable, en el que la materia independiente está colocada en un espacio y un tiempo independiente; por el contrario, es un continuo amorfo, sin arquitectura fija, plástico y variable, sujeto constantemente a cambio y distorsión. Donde hay materia y movimiento el continuo es perturbado>> (Barnett 1948, pág. 76).

Algo similar ocurrió con la metodología en cuyo campo hubo de renunciarse a la concepción ortodoxa que de ella se tenía. No

existía un método científico único y homogéneo clave de toda investigación: el método sufrió una apertura donde lo heterogéneo y lo circunstancial —como factores inherentes a la misma creatividad del científico— jugaron un papel fundamental como lo indica el físico Max Born: <<Nuestra imagen del mundo, ... no se somete a ninguno de los conocidos sistemas. No es idealista ni materialista, positivista ni realista, fenomenológica ni pragmática, ni cualquier otro sistema existente. Toma de todos los sistemas lo que mejor se adapta a las comprobaciones>> (Born, pág. 78). Esta fue la posición que adoptó Darwin de forma espontánea y la que lo llevó a utilizar una metodología muy heterogénea o, si se prefiere, heterodoxa. Asumir tal postura intelectual contribuye, sin duda alguna, a deslindar la investigación de los aderezos ideológicos resultantes de compromisos y de posiciones personales que tanto corroen la legitimidad de los conocimientos, tal como puede apreciarse con manifiesta evidencia en las valoraciones militantes tan peculiares entre muchas ciencias humanas.

Las experiencias de la física moderna han de servirnos de ejemplo para renunciar a estudios e interpretaciones de la conducta humana caracterizadas por las ideas del perfeccionismo individual o social, extraídas a su vez de concepciones religiosas o políticas y subsumidas en metodologías esclerosadas. Ha debido derogarse el rango divino que por influencia del cristianismo se le había incorporado a la razón humana y volver a considerar ésta como lo que en un principio fue: una función filogenética de la adaptatividad. Nuestro conocimiento y formas de interpretar el mundo están articuladas y reguladas por las directrices cognoscitivas del instinto fundamentales; por otra parte, para la supervivencia del individuo, directrices a su vez, se hallan determinadas por las condiciones ecológicas y sociales que han imperado a lo largo del dilatado período de la hominización de la especie. No se trata, por supuesto, de que el humano piense a través de las estructuras del instinto, sino de que las facultades mentales operan muy estrechamente vinculadas a ellas; es decir, condicionadas o prefiguradas por los matices y las direcciones de la necesidad y el interés que el instinto impone a la conducta adaptativa y, en consecuencia, al pensamiento consciente. De igual forma hemos de tener presente que las adquisiciones de la filogénesis (las tendencias, deseos y necesidades del sistema

instintivo) no se extinguen con la facilidad que nuestra razón pueda aspirar, ni tampoco pueden derogarse por un simple decreto de principios de una ciencia humana en particular, o por un honesto y "humanista" deseo que conciencia exprese en una época determinada de la historia cultural de la especie.

Es muy probable pues, que el saber de una conciencia, tanto en la construcción de la imagen individual como en la de las ciencias, se construya sobre los pilares de la imagen del mundo que se premodela en los estratos instintivos del ser y en las evidencias y/o certezas que éstos convalidan, pues éstos constituyen, por otra parte, los recursos ineluctables del pensamiento individual. Es improbable que el hombre pueda trascender las fronteras de las convicciones personales que determinan la dirección y el sentido de sus propios conocimientos acerca del mundo. <<Todo psicólogo —dice Gehlen— lo ha de conceder: en los problemas con que se ocupe un hombre, tanto en su modo de pensar como en sus certezas, hay uno de esos simples "ello", una corriente irracional. Las convicciones, aun las de contenido teórico, son, ... , efectos de la voluntad sobre el intelecto>> (Gehlen, pág. 362). No es posible deslindar lo que pensamos de lo que somos y las ciencias son una manifestación parcial —o si se prefiere— especializada de nuestra capacidad cognoscitiva y ésta se organiza sobre la arquitectura epistemológica de los instintos y sus correspondientes leyes de orientación vital. <<Por eso, —hemos de reiterar con Gehlen— si el proceso de la experiencia al mismo tiempo es un proceso de formación del carácter, porque "las acciones que ejercitamos en una determinada dirección, se hacen en aquélla que corresponde a lo que somos", también al revés nuestras certezas son reflejos en gran medida de nuestro destino pulsional y fácilmente se alcanza el punto en que la discusión sobre las convicciones de otro se tienen que transformar en una discusión sobre su modo de ser, y por tanto, hay que interrumpirla>> (Gehlen, pág. 362). Esto nos remite al convencimiento de que no es posible "depurar" el conocimiento humano de los imperativos del instinto con la facilidad que han creído muchos autores. Asimismo, hemos de enfrentarnos con las convicciones filosóficas tan difundidas y admitidas desde principios de siglo de que era posible edificar las ciencias humanas en

hipotéticos y diáfanos horizontes ubicados más allá de las ideologías. Queramos o no, estas últimas proceden de fuentes instintivas de la conducta y no de los arquetipos lógicos y traslúcidos de la razón.

En este orden de ideas, sabiendo que el instinto "clama" y "reclama" por la satisfacción de la inmediatez individual más que por las necesidades de la paz universal, no será difícil admitir el alto grado de validez que presenta este punto de vista, una evidencia de lo cual puede apreciarse en la interminable cadena de discordias entre los hombres y entre los pueblos que nos muestra la Historia. El paradigma epistemológico, el supuesto básico de la Física y de las otras ciencias naturales, emerge de esa lógica subracional (Wukmir pág. 31) que lo convalida ante la conciencia. Los hombres de ciencia en sus reflexiones filosóficas acerca del desarrollo de su propio pensamiento lo confirman: <<Todos coincidimos con Newton en que la base esencial de las ciencias es la certeza de que la naturaleza producirá siempre los mismos efectos sobre las mismas circunstancias>> (Bohr, pág. 12). En estas operaciones mentales la ciencia descansa sobre los pilares lógicos del sentir, la certeza no es un acto de razón sino de convicción y, por tanto, una reacción emocional.

Otro salto epistemológico que produjo la ruptura teórica con las ciencias clásicas, fue la comprensión de la necesidad de renunciar a la descripción y representación de los fenómenos mediante un solo tipo de observaciones o de sistemas conceptualmente homogéneos; ya que los fenómenos más elementales como la luz —por ejemplo— presentaban como mínimo un comportamiento dualístico comprensible solamente bajo la perspectiva de dos teorías aparentemente contradictorias, de las cuales era preciso optar por una de ellas en particular según el sistema de observación utilizado o la necesidad de explicar una faceta u otra de su comportamiento. Estos fenómenos de la certeza y del insight, parecen pertenecer a la estructura epistemológica del sistema neuronal de la especie humana y aun de las de sus parientes más próximos, en cuanto forman parte constitutiva del proceso intelectual del mundo. De esta forma estos componentes operativos del procesamiento de información del cerebro, estarían presentes como recur-

sos indeclinables del pensar tanto en la vida cotidiana como en la construcción de las ciencias.

Ahora bien, si pretendemos extrapolar los avances teóricos y metodológicos de la física al campo de la conducta humana para establecer una comparación, debemos tener presente que nos enfrentaremos a fenómenos más complejos aún que los de aquélla. Esto debe inducirnos a evitar vicios teóricos comunes, como los de adscribir la explicación de la conducta humana a un solo sistema de valores metafísicos, o el hacerlo a un sistema conceptual ortodoxo; ni siquiera el dominio de una sola ciencia o disciplina. La razón de ello es obvio, pues el comportamiento humano es, de todos los fenómenos observables, el más complejo y sería una superlativa candidez pretender explicarlo mediante un solo sistema de conceptos aplicados a sectores parciales de su entidad. **<<Esta lógica de lo viviente es sin duda más compleja que la que nuestro entendimiento aplica a las cosas, por más que nuestro entendimiento sea ya uno de sus productos>>** (Morin, 1973, pág. 28). Darwin utilizó una gama amplia de recursos teóricos y metodologías y se vio obligado a utilizar conceptos generales como los relativos a las facultades mentales y al instinto. Todo ello obedecía a la naturaleza del objeto de estudio que tenía entre manos, sin embargo, el éxito del mecanicismo había impregnado las ciencias humanas e incluso la Biología.

Más, mientras la Física superaba los escollos por virtud de la revisión de sus teorías y la adopción de innovadores puntos de vista, las ciencias humanas —que ya habían partido de una metodología inadecuada— se debatían inútilmente entre los estrechos parámetros de la filosofía del cientificismo mecanicista aunados a los efectos devastadores de los compromisos de la militancia ideológica. Cabe agregar que actualmente dicho debate aún no parece haber concluido, e incluso pareciera que cuando la razón que discurre sobre los objetos físicos, sus relaciones y comportamientos, actuara más libre y menos comprometida que cuando lo hace sobre el comportamiento humano. Más aún cuando sabemos que el ejercicio de la razón es inseparable del contexto ideológico del sujeto pensante y que cuando el objeto de estudio es alguna forma de conducta o de pensamiento humano, la contaminación ideológica de la razón se acentúa hasta el engeguamiento de sí misma.

A la luz de estas perspectivas es fácil apreciar cómo el comportamiento humano estaba siendo interpretado por una parte de acuerdo a los principios de un racionalismo mecanicista que de hecho operaba en el horizonte epistemológico del "deber ser" y, por otra, en función del imperativo de la perfectibilidad de la conducta individual y social, nacido de la vehemencia de convicciones éticas y racionalistas, según las cuales la normatividad político-social de la concepción de lo real se imponía sobre la realidad misma. Así pues, hoy es fácil observar cómo en muchas ciencias humanas el darwinismo devino en su antítesis, arribando incluso a posturas —en algunos casos— que renunciaban a las tesis evolucionistas. Innumerables autores de finales del siglo XIX y principios del XX legaron a las ciencias humanas concepciones del hombre y de la sociedad moldeadas por las fuerzas de los apasionamientos políticos, de los cuales no han podido despojarse completamente algunas doctrinas contemporáneas.

La idea que aquí se plantea es la sugerencia de una apertura en la investigación de comportamiento, sin creer que estamos o que podemos asumir puntos de vista asépticos ideológicamente, es decir, tal como lo destaca Wukmir, desvinculados de los sistemas de intereses y/o necesidades del yo individual: **<<Sea un acto trivial de orientación cotidiana, la composición de un poema o la búsqueda de una ecuación matemática, el esquema de tal lógica matriz, subconsciente o ya consciente, está en el fondo de nuestro comportamiento. Ninguna lógica humana puede liberarse de esta lógica matriz biológica, subracional y afectiva>>** (Wukmir, 1967, pág. 31). Consideraciones de esta naturaleza deben conducirnos a la práctica de una autocrítica permanente, que nos permita ser permeables a la revisión constante tanto de las propias ideas y la comprensión tanto de lo que queremos, podemos o debemos ser, como de lo que queremos que sea y se comporte el conjunto de los Otros, a quienes, por otra parte, la conciencia individual agrupa con natural propensión en una unidad contrapuesta a la propia.

#### **bio-lógica de las relaciones sujeto-objeto**

La evidencia de la racionalidad de la razón se había legitimado en una intuición que —en cuanto tal— resultaba incompre-

ble en sí misma: la concordancia natural entre la cognición y los procesos de la naturaleza. Pero la comprensión de esos procesos, no es un artilugio de la razón sino su función natural, el humano no hace ningún esfuerzo particular para "inteligir" el mundo, lo aprehende con facilidad que sorprende a la misma consciencia reflexiva <<Lo más incomprensible del mundo —decía Einstein— es que es comprensible>> Si el pensamiento "penetra" y "aprehende" la lógica de lo real, sus leyes y sus sistematizaciones energéticas, lo hace por virtud del proceso adaptativo de la materia biológica al hábitat que le es específico, y por estar ambos —naturaleza y cognición— imbricados y contruidos según una lógica de procesos y principios físico-químicos comunes. (Barnett 1948 pág. 105; Uexküll, 1960, pág. 53). Esta coparticipación en un mismo proceso le permite al "bios" construir las respuestas adaptativas de la que ha sido capaz, donde la materia biológica ha incorporado información sobre la trama de los principios reguladores del comportamiento de los "objetos", tanto del microcosmos como del macrocosmos Gregory, derivando de sus investigaciones sobre la percepción de los objetos observa una analogía entre el comportamiento de los modelos perceptuales del cerebro, ante el flujo cotidiano de la percepción de los objetos, y los utilizados (por la razón) en el desarrollo de la ciencia <<Los modelos perceptuales guardan cierto parecido con las hipótesis de la ciencia. Podemos considerar que los datos sensoriales sugieren, prueban y a veces modifican los modelos perceptuales de una manera similar a como los datos científicos sugieren, prueban y modifican teorías e hipótesis en la ciencia. Una comparación precisa entre los procesos perceptuales, de un lado, y, de otro, la lógica y método de la investigación científica, podría rendir cuantiosos frutos>> (Gregory, R.L. en Weddington, 1970, pág. 409).

De igual forma nos enfrentamos en las ciencias humanas con el hecho de que el humano —y en general pudiera decirse de todos los seres vivos— no puede ser "objeto" de un "sujeto", tal como se presentan los objetos a la física o con la facilidad con lo que lo ve la filosofía, pues entre ambos media las invariables interferencias de la emocionalidad y muchos otros factores de carácter subjetivo e imponderable como son los efectos que produce en la percepción del otro la "manufactura" biológica de cada fenotipo. A esto se

agrega también los condicionantes axiológicos intrínsecos a todos los sistemas perceptivos individuales. Si algo debemos aprender de las incansables polémicas sobre la verdad es que, como dice Morin, **<<ya no hay physis aislada del hombre, es decir, aislable de su entendimiento, de su lógica, de su cultura, de su sociedad. Ya no hay objeto totalmente independiente del sujeto>>** (Morin, 1977, pág. 169). Se destaca así —entre otros aspectos— el doble condicionamiento de la percepción: primero por la incidencia de cualidades y formas del ser considerado como "objeto" en la disposición perceptiva del "sujeto", en cuanto éste se halla mediatizada por las reacciones endopáticas a la presencia física de aquél; y en segundo lugar, por la dependencia que tiene la percepción humana del complejo sistema anímico filo y ontogénico de cada individuo. La presencia de un sujeto no convierte siempre y absolutamente a otro en objeto, como se presupone en el discurso sartreano, las dos existencias quedan alteradas y mutuamente condicionadas, provocándose reacciones interpretativas y emotivas involuntarias sobre las expresiones corporales de forma recíproca, las cuales se perciben generalmente de manera intuitiva (instintiva, innata). No es posible percibir neutralmente a otro ser sin la influencia del cosentir de los estados afectivos de la vida interior, que emerge a la conciencia agregándose y condicionando los juicios y las valoraciones que se hacen sobre el "otro" de una manera independiente de la voluntad y de la razón.

Si abordamos la relación sujeto-objeto con otra óptica, donde se tome en cuenta los rasgos que configuran la personalidad humana y —por ende— la percepción, no la veremos como una contraposición de dos entes independientes o desvinculados entre sí, donde uno es agente y otro es paciente; sino como una dialéctica de la percepción inherente a la estructura de la relación Yo-Otro. En ella cualquiera de los espectadores afectados oscilará entre su Yo y el Otro según la incidencia de múltiples factores de naturaleza subjetiva. Uno de ellos tal vez lo constituya el planteado por Lupasco en los términos de actualización y potencialización. (Lupasco 1963, pág. 129). Así, cuando la conciencia actualiza cualquiera de los extremos potencializa el otro en la proporción correspondiente; cuando se actualiza el propio Yo —por virtud de las fuerzas del ego— se nos aparece el Otro en calidad de objeto.



Esta faceta parcial fue, tal vez, la que consideraron Sartre y otros filósofos anteriores, en sus análisis de las relaciones humanas, pero que sólo corresponde a una de los matices de la percepción del Otro. Por ejemplo, el egoísmo persistente en un individuo puede mantener actualizado su yo personal, al tiempo que el Otro permanecerá "reducido" a la condición del objeto, tal como lo pudieran ser los objetos inanimados que se hunden en el rango de utensilios. Tendríamos en este caso una conciencia ensimismada en su propio yo, incapaz por hábito perceptivo o factor de personalidad, de elevar o considerar al otro como su igual. Como quiera que sea, la percepción de un objeto no representa para el sujeto percipiente, un fenómeno análogo a la percepción de un congénero, o incluso de cualquier otro ser viviente. Categorías y relaciones de naturaleza subjetiva mediatizarán la imagen del "otro". Así un animal, por ejemplo, puede aparecerse ante la conciencia individual como peligro, fiero, indefenso, hermoso, etc. Lo mismo puede decirse de la percepción de otro humano, al cual el cerebro no dejará de clasificar y valorar emocionalmente. La intelección por más pura que sea será siempre, como señala Wukmir, un acto de valoración personal en la que converge una multiplicidad de factores diversos enraizados en la filogenia y en la ontogenia individual.

A esta altura de la comprensión del comportamiento humano nos vemos inducidos a admitir con MacDougall que las relaciones sociales del hombre están inexorablemente gobernadas por la emocionalidad, y las posibilidades de regularlas por la vía de racionalidad son escasas, o bien si se intenta hacer se construirán "razones" que descansarán, en última instancia, en los vínculos instintivos de las relaciones de poder y jerarquía entre los hombres y entre los pueblos. Esto último lo ilustran los milenios de cultura donde se han alternado largos y abundantes períodos de guerra con breves lapsos de paz los cuales han sido establecidos principalmente por el temor al más fuerte o por la inhibición recíproca de la agresión causada igualmente por el respeto temeroso al vecino. Aquellas otras construcciones que lucen, en el campo de las ciencias humanas, como diseños exclusivos de la racionalidad, como podrían serlo los sistemas jurídicos de las naciones, e incluso los relativos al derecho internacional, permiten descubrir en su trasfondo hábitos

inveterados de la humanidad, generados y perpetuados —como diría Darwin— por las fuerzas del instinto social. Esto lo decimos en tanto en cuanto cada nueva generación ratifica y convalida las categorías y valores básicos del orden sociocultural —aun considerando la dinámica del proceso de transformación cultural— y esto se opera por consentimiento implícito, sin que sea necesario el análisis racional y la toma de decisiones voluntarias.

Ha de agregarse que la evolución cultural reside principalmente en el replanteo de los términos que rigen o regulan las relaciones humanas, más que en modificaciones de la estructura emocional (instintiva) básica sobre las que se apoyan esas relaciones. Habría todo un mundo digno de ser investigado entre la letra de la ley que se impone por la justicia (y aun por la fuerza de los organismos de un Estado dictatorial o de derecho) y la conformidad emocional que de hecho puede admitir un miembro de esa sociedad en la práctica cotidiana, es decir, en función con la concordancia con su sentir instintivo.

### INDICE DE AUTORES CITADOS

- Barnett, L. 167, 173  
 Bohr, N. 170  
 Born, M. 168, 170  
 Darwin Ch. 165, 166, 168, 171, 176  
 Descartes, R. 166  
 Einstein, A. 13  
 Estratón, 162  
 Farrington, B. 162  
 Frank, Ph. 163, 164  
 Galileo G. 161  
 Gehlen, A. 165, 168  
 Granger, G. 162  
 Gregory, R.L. 173  
 Heráclito 167  
 Lupasco, Sth. 174  
 MacDougall, W. 175  
 Morin, E. 165, 171, 174  
 Newton I. 161, 170  
 Parménides 168  
 Sartre, J.P. 175  
 Scharfstein, B. 166, 167  
 Spinoza, B. 166  
 Teofrasto 162  
 Uexküll, Th, von 173  
 Waddington, C.H. 173  
 Wukmir, V. 164, 170, 172, 175

## BIBLIOGRAFIA CITADA

BARNETT, L.: 1948. *El universo y el Dr. Einstein*. Fondo de Cultura Económica, 2a. edic. México 1964 (del inglés "Universe and Dr. Einstein") Traducc. C. Imez. 108 pp.

BERNAL, J.D.: *Historia social de la ciencia*, 2 tomos, Edic. Península, 4a. edic., Barcelona 1976 (del inglés << Science and history >>) 543 pp. y 520 pp.

BOHR, N.: 1958. *Física atómica y conocimiento humano*. Aguilar S.A. de Ediciones. 1a. edic., Madrid 1964. (del inglés "Atomic Physics and Human Knowledge") 126 pp.

BORN, M.: *La responsabilidad del científico*. Editorial Labor, 1a. edic., Barcelona 1968. (del alemán << Von der Verantwortung des Naturwissenschaftlers >> Munich) 150 pp.

DARWIN, Ch.: *Recuerdos del desarrollo de mis ideas y mi carácter*, Ediciones de Nuevo Arte Thor, 1a. edic. Barcelona, 155 pp.

FARRINGTON, B.: *La ciencia griega*. Librería Hachete, 1a. edic., Buenos Aires, 1957 (del inglés "Greek Science") Traducc. E. Moli y H. Rodríguez, 325 pp.

FRANK, PH.: 1957. *Filosofía de la ciencia*. Herrero Hermanos, Sucesores, 10. edic. México 1965 (del inglés << Philosophy of Science >>) trad. F. González, 335 pp.

GEHLEN, A.: 1974. *El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*. Ediciones Sígueme, 1a. edic. Salamanca 1980 (del alemán << Der Mensch >>, Frankfurt) Traduc. F. Yevia Romero, 475 pp.

GRANGER, G.G.: 1958. *La razón*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2a. edic., Buenos Aires, 1961 (del francés << La raison >>, 1a. edic., en 1955, Presses Univ. de France) Trad. N. Rivarola, 67 pp.

LUPASCO, Sth.: 1963. *Las tres materias*, Edit. Sudamericana, 1a. edic. Buenos Aires, 1963. (del francés: "Les trois matières") Traducc. J. Merino. 115 pp.

MORIN, E. et al.: 1978. *El primate y el hombre*, Editorial Argos Vergara, 1a. edic., Barcelona, 1983 (del francés <<L'unité de l'homme. Tome 1: Le primate et l'homme>>, Editions Du Seuil) 240 pp.

MORIN, E. et al.: 1977. *El método I: la naturaleza de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, 1a. edic., Madrid 1981 (del francés <<La Méthode I. La nature de la Nature>>, Editions du Seuil) 448 pp.

MORIN, E. et al.: 1980. *El método II: La vida de la vida*, Ediciones Cátedra, 1a. edic., Barcelona, 1983 (del francés <<Le Méthode II. La vie de la vie>>, Editions du Seuil) 543 pp.

SCHARFSTEIN, BEN-AMI, 1980.: *Los filósofos y sus vidas*. Para una historia psicológica de la filosofía, Ediciones Cátedra, 1a. edic., Madrid 1984 (del inglés "The philosophers. Their lives and the Nature of their Thought") traducc. A. Brotons. 504 pp.

UEXKULL, T. von.: 1960. *El hombre y la naturaleza, Fundamentos de una filosofía de la naturaleza*. Ediciones Zeus, 1a. edic., Barcelona 1961 (del alemán <<Der Mensch und die Natur>>) 293 pp.

WADDINGTON, C.H. et al.: 1970. *Hacia una biología teórica*, Alianza Universidad, 1a. edic., Madrid, 1976 (del inglés <<Towards a Theoretical Biology, 1: Prolegomena, 2: Sketches, 3: Drafts, Escocia) 613 pp.

WUKMIR, V.J.: 1960. *Psicología de la orientación vital*, Editorial Luis Miracle, 1a. edic., Barcelona, 432 pp.

WUKMIR, V.J.: 1964. *El hombre ante sí mismo*, Editorial Luis Miracle, 1a. edic. Barcelona, 659 pp.

WUKMIR, V.J.: 1967. *Emoción y sufrimiento*, Editorial Labor, 1a. edic. Barcelona, 377 pp.

### INDICE DE IDEAS

Evidencia y Sentido común . . . . .	161
de las leyes de la razón a las leyes de lo real . . . . .	163
el carácter adaptativo de las ideologías. . . . .	166
bio-lógica de las relaciones sujeto-objeto . . . . .	172

#### Reseña del autor

Licenciado en Filosofía en LUZ; Doctor en Bioantropología en la Universidad de Barcelona, España.

Profesor Titular de la Universidad Zulia, Facultad Experimental de Ciencias, adscrito al Departamento de Ciencias Humanas.